

dad, este éxito constante, han producido efectos duraderos.

a) En primer lugar, la felicidad inspira necesariamente a una nación cierta confianza en la vida y cierto orgullo colectivo. El pueblo que ha gozado de tan larga dicha se cree un pueblo elegido, predilecto. Ya desde el siglo XVII, el poeta Milton afirmó que, cuando Dios quiere realizar sobre la tierra cualquiera obra grande, piensa siempre en los ingleses. Más tarde, Lord Curzon dedica un libro «a todos aquellos y aquellas que, como yo, creen que el Imperio británico, por designio de la Providencia, es la mayor fuerza que existe en el mundo para bien de la humanidad».

Esta certidumbre de que todas las cosas son mejores en Inglaterra, y de que es anormal cuanto se hace fuera de ella, es un sentimiento que en ocasiones se manifiesta de una manera bastante divertida. Existe una guía para viajeros ingleses que comienza con esta frase: «Todo inglés que viaje dentro del Continente, debe recordar que, fuera de las Islas Británicas, todos los choferes llevan sus coches por el lado malo de la carretera». ¿Por qué por el lado *malo*? Pues, únicamente, porque no es el lado inglés.

Algunas veces esta ingenua insularidad produce hermosos efectos que son grandemente útiles para el país. Por los días de la desvalorización de la moneda inglesa, me encontraba